

El Libro del

desasosiego

¿texto suicida?



Eduardo Lourenço

Traducción de Carlos Vásquez

Se diría que descendiendo esta escalera poco utilizada hoy y entrando lentamente en la playa siempre desierta, empleaba un procedimiento mágico para hallarme lo más cerca posible de la mónada probable que soy (Libro del desasosiego).

Quiero saborear en soledad la ironía de no ser hallado extraño (Libro del desasosiego).

Cuarenta años después de la aparición masiva de su poesía, una especie de no-libro, o de libro imposible, viene a coronar, un poco a la fuerza, el itinerario de quien quiso ser ante todo nuestro viajero sin equipaje y sin camino. Los responsables de la existencia literaria del *Libro del desasosiego* nos lo ofrecen en un buen momento. No es que los textos de Pessoa ya conocidos hayan agotado el encanto y el misterio que les son propios. Pero los “teólogos” de la obra de Pessoa —todos lo somos un poco— empiezan a recorrer y dar vueltas, quizás con una confianza excesiva, por los senderos imposibles de señalar, de una

aventura culturalmente terminada. Parece haber llegado el tiempo en que se aprende más de los que se ocupan de Pessoa que de Pessoa mismo, lo que, sin ser escandaloso —es algo inevitable— convertiría el texto en puro pretexto y la voz que nos interpela y convoca, en discurso que lo devora y lo borra.

Fuente original y origen de confusión esencial y de perplejidad crítica, en apariencia insoluble, el fenómeno mismo de la heteronimia terminó por hacer posible esta pausa paradójica de la mirada crítica, convirtiendo el espeso bosque de nuestra desorientación textual en un laberinto accesible, gracias al hilo de Ariadna abierto por su creador. El carácter inextricable de los textos de Pessoa produjo por sí mismo no sólo el paradigma destinado a mixtificar su aventura (fue eso lo que el mismo Pessoa soñó), sino también a convertirla, como realmente sucedió, en uno de los mitos culturales más prodigiosos de nuestro siglo. En los territorios delimitados que nos hemos acostumbrado a designar como Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis y Fernando Pessoa, resultó

más fácil hacer el recuento de nuestros instrumentos hermenéuticos, cada vez más refinados y, aun a sabiendas de la trama del artificio, efectuar, a partir de ellos y en ellos, el análisis espectral que nos reenviaba al infra o al supratexto —al archi-texto— a partir del cual, y a su luz, se esclarecían esos campos vueltos idealmente autónomos por el imaginario de Pessoa. Todos hemos consagrado nuestro tiempo a esta actividad y en verdad no ha sido mal empleado.

De repente —incluso aunque estuviéramos esperándolo— surge un texto de Pessoa con relaciones inciertas, o más bien cambiantes, con la idea que nos hacemos de una obra con un mínimo de coherencia interna que permita distinguirla de un libro de misceláneas, incluso cuando no hay duda alguna sobre su autor, como es el caso. Del libro imposible, o posible en su función de texto sin cesar diferido, tal y como existió para Pessoa —símbolo material de su incapacidad para dar forma a un texto acabado, y símbolo más precioso aún de la certidumbre de lo interminables que son todos los textos—, los compiladores y el organizador de esos fragmentos han hecho ese libro real que se llama precisamente el *Libro del desasosiego*. Sin embargo, y sin negar el mérito a los responsables de esta iniciativa que, poniendo aparte algunos criterios de organización, es valiosa y no podía haber sido sino lo que es, ese *Libro del desasosiego* es un texto que Fernando Pessoa no tuvo, ni material ni psicológicamente, ante sus ojos. Aunque sea sólo por esta razón, ese libro, que le pertenece a él por completo, nos pertenece aún más que sus otros textos. Eso significa que el *Libro del desasosiego*, a pesar de su discurso trunco, sus espacios de ausencia, su inorganicidad expresiva, abre al lector un texto paradójicamente continuo y pleno (dejo de lado su carácter reiterativo y obsesivo), un texto que crea su autor apenas ficticio, Bernardo Soares, confiriéndole un espesor que Pessoa, imaginándolo y deseándolo en tanto escritura, no tuvo nunca ocasión de contemplar. Se impone así, al nivel más simple de su manifestación formal, un desfase entre la óptica de Pessoa con respecto a ese texto cuya existencia ha negado (salvo como alegoría práctica del tonel de las danaides) y la nuestra, que lo contempla y recorre en su acumulación descentrada, pero textualmente concentrada y, por así decir, consistente. En suma, a partir de

un caos objetivo de textos, aunque sostenido por la intención expresa de Pessoa (cuando se hace manifiesta), los editores han hecho un *Libro*. Sólo por ese hecho han despertado una intranquilidad semántica y hermenéutica, que estará siempre ahí.

Es imaginable y fácil de comprender lo que ha debido ser la íntima perplejidad de Jorge de Sena ante esos fragmentos del semiheterónimo Bernardo Soares. Dejadas de lado las complejas relaciones de crítica y sobre todo de autor, que caracterizaron su relación con Pessoa —o a causa de ellas—, Jorge de Sena debía estar preocupado por el estatuto textual de los fragmentos inclasificables, destinados o no a figurar en el *Libro del desasosiego*. También él debió renunciar a constituir un corpus literario a partir de una textualidad tan dispersa. Lo que no le impidió meditar largamente y de manera profunda sobre ella, esforzándose en situarla en ella misma y en el vasto corpus de la creación de Pessoa, como expresión muy significativa de la misma. Esta reflexión, que debía acompañar la edición del *Libro del desasosiego* y que no pudo llevar a término, es la primera en referirse al nuevo Pessoa en una perspectiva global. Por su calidad, este estudio se ha convertido en una referencia obligatoria para quienes no quieren repetir sin saberlo, o fingiendo no saberlo, lo que en él está ya dicho o insinuado.

A primera vista convendría conceder la razón a Gaspar Simões, compartiendo su convicción según la cual el *Libro del desasosiego* constituye, tal y como él lo denomina, un “engaño”. Si el autor de *La vida y la obra de Fernando Pessoa* se refiere a la tentación probable del lector común de atribuir al *Libro del desasosiego* una coherencia, una realidad literaria e incluso una legibilidad, que sólo la orientación de su organizador ha hecho posible, su decepción no carece de razón. Si en el “engaño” incluye el sentimiento según el cual, tal y como se presenta, ese mismo “libro” no agrega nada nuevo a lo que ya sabíamos sobre Fernando Pessoa, tanto a través de los poemas como de los textos en prosa conocidos, tal opinión, a pesar de algunas reservas, no está lejos de la verdad. Sin embargo, no se ve cómo pueda sentirse engañado por el único hecho que realmente importa: la confrontación con la voz singular entre todas que, una vez más, pero con una incandescencia casi demente, instaure y vive el proceso más radical

del que tengamos noticia (y no sólo en nuestra lengua) del yo como instancia ficticia, que sólo en el interminable (y atroz) ejercicio de su ficción, capta, en momentos privilegiados, la ilusión de su realidad. Si alguna vez y, paradoja suprema, con una claridad cegadora, la puesta en escena vertiginosa del yo como ausencia radical de sí mismo y del mundo fue intentada, demostrada, escrita, es en ese *Libro del desasosiego*, al mismo tiempo tan fingido y real. Por esa razón, y por otras más decisivas aún pero por esencia indemostrables —me refiero a la adecuación, a la pertinencia de la escritura y a su impacto emocional, alcanzando tantas veces el límite del sufrimiento escrito que redime—, el *Libro del desasosiego* no puede ser ni es un engaño, sino una estela memorable, precisamente por el hecho de que, rota, constituye una aventura espiritual sobre mares y confines que los navegantes de la realidad tangible no han alcanzado.

Sin lugar a dudas, conocíamos ya esos mares en la “Oda marítima” o en alguno de los grandes poemas configurados por Pessoa y, desde hace mucho, estábamos familiarizados con el laberinto que el sentimiento del yo como ausencia ontológica, tanto como el sentimiento de ausencia ontológica del yo, instituyen y describen. No obstante, lo que el *Libro del desasosiego* nos aporta es eso mismo pero con una versión distinta. Es su versión en prosa, prosa motivada por lo general por una experiencia de lo cotidiano, la más banal y más gris, que por esa misma razón resulta en general invisible a los grandes del mundo escrito, pero sensible a los Bernardo Soares que existen muy poco o en absoluto, aunque hagan de esa nada y de la atención casi perversa con la cual la contemplan e interrogan —o se dejan interrogar por ella—, una aventura hasta el límite de lo expresable y lo pensable. Prosa significa, según la indicación explícita de Pessoa, menor mentira, siendo ésta inherente a toda expresión poética... Y esta indicación, que podría no ser más que una trampa suplementaria de su ironía llevada a todos lados, es corroborada innumerables veces, en textos que nos sorprenden, nos afectan y destruyen, por el brillo de sus evidencias heladas. Extraña prosa, junto a la cual incluso los esplendores de los poemas que a nuestros ojos constituyen su grandeza parecen palidecer o brillar con menos

intensidad. Se trata en realidad de las mismas intuiciones capitales, las mismas imágenes, los mismos sintagmas, las mismas metáforas, pero expresadas, asumidas a nombre de otro yo, en quien se escuchan las voces de todos los demás, Caeiro, Campos, Reis, separadas o amalgamadas, pero al mismo tiempo camufladas, a la medida exacta de un sujeto que no tiene proyecto de existencia, como sí lo tienen, cada uno a su manera y por voluntad expresa de Pessoa, no sólo Caeiro, Campos y Reis sino también el autor ortónimo atrapado por su diálogo de sueño con el mundo y la vida. En el *Libro del desasosiego* todo sucede como si Fernando Pessoa, bajo la falsa máscara de Bernardo Soares, retirara toda ficción a esas ficciones, eliminando de ellas lo que es imaginariamente positivo (el puro contento de Caeiro, la indiferencia ostensible de Reis, la exaltación tumultuosa y precaria de Campos), para conservar tan sólo el reverso de la experiencia que unos y otros, a nivel del mito, encarnan, no otra cosa que la vida misma, pero desnuda. Desnudez a la medida de Pessoa, una medida tal que las desnudeces más visibles de los otros parecen vestidas, comparadas con la de nuestra condición, según el *Libro del desasosiego*.

Si tomamos en serio la poética de Pessoa —todo es ficción y ficción de ficción— no hay lugar para juzgar los textos que en la actualidad forman el *Libro*, como menos ficticios que los demás. No obstante, no podemos dejar de imaginar —y estamos obligados a ello por ciertos fragmentos del *Libro del desasosiego*— grados de ficción en este texto ficticio. En ninguna otra parte sentimos una lucha más severa y patética para romper el círculo de la ficción. Todos los grandes textos del *Libro del desasosiego* apuntan menos a reiterar de modo incesante el a priori mental y existencial de Pessoa que a abrir, en un muro inexistente —pero muro escrito— esa puerta a la cual no ha dejado de aludir y golpear. Sin caer en el pozo sin fondo del “sicologismo” (pero, ¿cómo evitarlo?), hay una gran tentación de escuchar, en esos textos, esta voz más cercana al silencio, de la opacidad, de lo no-dicho y lo no-expresable, que imaginamos como la más propia de Fernando Pessoa. Es decir, la menos disfrazada, la menos ficticia, de un autor que se empeñó en advertirnos que para él, o para quienes lo leyeran, todo es máscara... Y si

los propios textos no nos lo dejan ver, la inclusión en ellos de una carta real (en muchos aspectos la más asombrosa), dirigida a su madre, no nos dejaría ninguna duda al respecto. Pero si ello es así —o si podemos concebirlo de ese modo— la lectura del *Libro del desasosiego* no es una entre otras que pueda ser yuxtapuesta o amalgamada con los Pessoa más lúdicos que conocemos. Desde todos los seres puntuales o menos puntuales, desde todas las ficciones que en él tienen lugar, Pessoa nos interpela y, sobre todo, se interpela a sí mismo. Algunos de nosotros hemos insistido en vano en la idea de que ninguna frase o fase o aspecto de Fernando Pessoa puede ser leída o concebida por fuera del todo (de los textos), un todo imposible de totalizar... Sabemos que Pessoa mismo se pasó toda la vida ordenando sus ficciones, marcando entre ellas distancias y correspondencias, a fin de asegurar una credibilidad mítica en el funcionamiento de su imaginario. Que obtuvo un éxito sin precedentes, lo prueba con creces el mito heteronímico. A través de Caeiro, Reis y Campos, y de otros más, nuestra exégesis ingenua, voluntariamente o no, confirió a un ser que nunca existió en la espontaneidad que a todos nos basta, una pluralidad suficiente de existencias de ficción para alimentar ese juego. Siendo más que un juego, requiere quizás una estructuración íntima más seria y profunda que la que se adecua a la interpretación mítica sugerida por el propio Pessoa. Ahora bien, es a esta interpretación —la más autorizada y la que nos permite glosar sobre ella interminablemente— a la que el *Libro del desasosiego* asesta, o parece asestar, una denegación textual inmisericorde. Es en ese sentido, y sólo en éste, que el *Libro del desasosiego* es un texto suicida. Texto suicida en sí mismo y cara a cara con la mitología de Pessoa, pero sobre todo para nosotros que ya no podemos cohabitar con ella como si ese *Libro* no existiera.

¿Una nueva mitología? ¿Intento, condenado de antemano, por renovar lo que no puede ser renovado? ¿Cuál es la naturaleza del *Libro del desasosiego* para que provoque en los Pessoa que conocemos semejante conmoción? Hasta el presente Pessoa ha suscitado tres modelos de estructuración textual: el primero, determinado

por la apariencia múltiple de su obra, sin síntesis posible ni necesaria; el segundo, instituyendo un polo hegemónico alrededor de un Pessoa central en relación con el cual los otros serían, o bien esbozos imperfectos o bien reflejos evidentes (rol que algunos atribuyen al autor de *Mensaje*); el tercero, el más divulgado en general, intenta conciliar la poética unitaria y la de la multiplicidad bajo el signo de la diferencia, descubriendo y poniendo en evidencia la pulsación textual cuya expresión serían esas dos ópticas.

Aunque inscribiéndose en uno de esos horizontes, exégetas recientes se apegan sobre todo al estatuto del yo en tanto figura o efecto del discurso y menos al de su realidad o irrealidad en un sentido ontológico. Es posible que para estos exégetas el *Libro del desasosiego* no ofrezca nada distinto que la confirmación literal de la perspectiva que han elegido. En efecto, una de las originalidades incontestables del *Libro* es ser precisamente, más allá de una dramática interpelación gnoseológica u ontológica alrededor del yo, una puesta en cuestión del estatuto de la enunciación misma, puesta en cuestión muy rara, salvo al modo de la filosofía de Ludwig Wittgenstein (lo cual había sido percibido hace mucho tiempo). Dejemos de lado este aspecto que desplazaría el interés del *Libro del desasosiego* hacia el terreno de la problemática pura y limitémonos a la realidad literaria en la textualidad poética que le es propia. Ella basta para que lo consideremos como un texto que interroga la textualidad de Pessoa en su conjunto. Es en ese sentido que es un texto suicida por excelencia.

Cabe preguntar ¿en qué y por qué? ¿Qué hay en el *Libro del desasosiego* que no se encuentra en los demás textos de Pessoa? Tal vez sólo esto: que, con excepción de la textualidad específica y estrictamente modernista de la “Oda triunfal” y de los poemas cercanos (en el fondo excepcionales), ese libro comprende todos los textos de Fernando Pessoa, todas sus tonalidades más características, desde el ultrasimbolismo sonámbulo de los años de juventud hasta el simbolismo (más o menos extremo) del fin de su recorrido y de su vida. Lo que hace treinta años el análisis estilístico de Jacinto Prado Coelho intentó mostrar, sin lograr,

a pesar de todo, articular en un solo movimiento la diversidad y la unidad del universo de Pessoa, se abre aquí, en una trama única, sin artificios, en ese texto natural y orgánicamente tejido con todos los textos considerados autónomos o unificados unilateralmente a los que llamamos Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos, pero también Antonio Mora o Fernando Pessoa mismo. ¿Supertextualidad o infratextualidad? Ni una ni otra. Sólo un texto a la altura de la oficina del pequeño empleado de comercio en consonancia con la vida de aquél, que sólo en sueños habitó buhardillas abriendo al infinito un texto en el que se inscribe, sin efecto de premeditación, una visión del mundo de los otros, de un sujeto que se observa observándolos y observándose hasta el límite de la esquizofrenia. Y, por sobre todo, un texto en el que dialogan los fantasmas presentes de Caeiro, de Reis y, sobre todo de Campos, pero también del autor nunca difunto de la “Floresta de la enajenación”, que, aquí, una vez más, en un desgarrador *Réquiem* en memoria del wagneriano Luis II, se nos aparece como Fernando, rey de nuestra soñada Baviera.

En efecto, desde la simple lectura de cada uno de los heterónimos, y según la luz que cada uno recibe o proyecta sobre los otros, comprendimos que ninguno de ellos le salvó de nada, que todos y cada uno a su manera eran *Ficciones del interludio*, denominación exacta aunque tardía, que recibieron del propio Pessoa. Simplemente, el *Libro del desasosiego* muestra textualmente el reverso de la comedia que sólo él tenía razón en denominar *drama em gente*. Mejor aún, ese libro es el memorial de esa comedia, comedia sólo posible para aquel que, a través de ella, se asumió como mirada hipotética de Dios sobre la realidad, no pudiendo aprehenderse sino como imposibilidad absoluta y triste de esa mirada.

Creí que sólo yo veía y oía, que no era, a lo largo de mi recorrido ocioso, sino un reflector de imágenes dadas, un biombo blanco sobre el cual la realidad proyecta colores y luz en lugar de sombras. Pero era algo más sin saberlo. Era también el alma negándose y mi manera abstracta de observar era todavía una negación.

Si él lo dice con tanta claridad, ¿podemos acaso decirlo mejor? ¿Quién no reconoce en ese texto, pero sin la ironía o la pseudodialéctica de Caeiro, la gnoseología del Maestro?

¡Cómo desearía, así lo siento en este momento, ser capaz de ver todo esto como si no tuviera con ello relación distinta que verlo, o contemplar todo como el viajero adulto que llega hoy a la superficie de la vida. No haber aprendido, desde el nacimiento, a dar sentidos precisos a las cosas, poder verlas en la expresión que tienen por fuera de la expresión que les ha sido impuesta. Poder conocer de la vendedora de pescado su realidad humana independiente del hecho de llamarla vendedora de pescado y de saber que existe y que vende. Ver al policía como Dios lo ve. Notar todas las cosas por primera vez, no de un modo apocalíptico, como revelaciones del Misterio, sino directamente, como floraciones de la Realidad.

Fernando Pessoa



Es la prosa para nada metafórica de los versos de Caeiro, además de no sé cuál otra dimensión poética, simplemente porque no procede, como esos versos, de una pura aspiración, sino de una aspiración engendrada por una especie de amor desesperado del ser real cotidiano, el de la calle banal y celeste de los Douradores. Se podría insinuar que es la creación fantasmal, el yo-Caeiro, el que extiende aquí su mano de Maestro a Bernardo Soares, pero es más simple y conforme con la verdad del texto y con su espíritu, que una y otra sean una sola mano anterior e interior traduciendo de modo análogo la misma visión del abismo abierto entre cosa y nombre. A causa de este abismo, en el momento en que nos vivimos como inexistencia, deseamos regresar a ese punto cero, anterior a la nominación, en que, sin tener conciencia de ella, nuestra vida, dado que no sabemos que es vida, sería, al fin, la Vida. Hallamos aquí con naturalidad a aquel que por exceso de ausencia de alma se multiplicó en multitud de almas ficticias.

Narciso ciego, tal y como se denomina en ese libro, Pessoa deseó rozarse con un alma que sería exterior. A fin de tener esta alma contradictoria, ser con el esplendor opaco con el que la piedra es piedra, Pessoa inventó a Caeiro. De ese modo, parecía haber exorcizado no sólo el alma como interioridad sino también el juego infinito de una interioridad sin fondo, esencia de la consciencia tal y como fue concebida por el idealismo moderno. Es de ese laberinto, idéntico al de Borges, del que Pessoa es el constructor, el poeta supremo pero, al mismo tiempo, la víctima ritual sin redención. El hilo que podía guiarle —si es que hay uno tratándose de Pessoa—, ése que lleva nombre de mujer, nunca existió para él y en el *Libro del desasosiego* nos lo confiesa en páginas de una tristeza y aflicción extremas: ese libro es el de la soledad absoluta, abisal, sin remedio, el diario de la total incomunica-

ción bajo la apariencia del empleado oficial, y sólo por ello, al abrigo, si no de la melancolía vertiginosa que destila, al menos de su versión narcisista banal. Es un texto trágico, un texto suicida, cuya única función fue quizás ahorrarle el suicidio real a quien devenía en sí mismo escritura. El suicidio que en él se consume es el de la mitología heteronímica. De la versión que da de ella Pessoa y que todos, querámoslo o no, hemos terminado por ratificar. Anticipándonos a nuestra conclusión, diremos que el *Libro del desasosiego* muestra, no el artificio intrínseco de la heteronimia, sino el laberinto sin salida de

¿Qué hay en el *Libro del desasosiego* que no se encuentra en los demás textos de Pessoa? [...] ese libro comprende todos los textos de Fernando Pessoa, todas sus tonalidades más características, desde el ultra simbolismo sonámbulo de los años de juventud hasta el simbolismo (más o menos extremo) del fin de su recorrido y de su vida.

una heteronimia original cuya manifestación superficial e inconsistente son los heterónimos y la heteronimia clásica que encarnan aún para nosotros. Si no temiera caer en una paradoja chocante, diría incluso, en cierta medida, su ocultación.

De un modo indiscutible el *Libro del desasosiego* confirma la inmovilidad esencial de la aventura anímica —y también escrita— de Fernando Pessoa. Resulta difícil admitir “tiempos Pessoa” diferentes, organizados siguiendo algún esquema jerárquico que supondría tiempos en lugar de un espacio escrito. La glosa de esta inmovilidad existencial es tan monótona que Pessoa concentra la esencia de aquella en esa monotonía. “Así pues, paseo mi destino que avanza puesto que yo no avanzo; mi tiempo que cambia puesto que

yo no cambio. Sólo me salvan de la monotonía estos comentarios que hago a propósito de ella”. Si de la glosa de la monotonía pasamos a su negrura intrínseca, tenemos: “Me contento con que mi celda tenga vidrios al interior de las rejas, escribo sobre el embaldosado, sobre el polvo de lo necesario, mi nombre en mayúsculas, firma cotidiana de mi contrato con la muerte”. Ahora bien, ese contrato con la muerte o con algo menor o más oscuro, Pessoa lo firmó siendo un adolescente, bajo el nombre de Alexandre Search y nunca lo reveló bajo ninguno de sus falsos (verdaderos) nombres. El *Libro del desasosiego* lo prueba prolijamente y, desde ese punto de vista, no hay diferencia entre textos como “En la floresta de la enajenación”, anteriores a la explosión heteronímica, y textos del año de su muerte. Es sólo en la configuración escrita de esta firma sobre la tapa del Caos —de la que todo se deriva, según Bernardo Soares— donde se operó una metamorfosis, metamorfosis cargada de consecuencias pues es por su causa que Pessoa existe y por nada distinto.

Denominamos modernidad a la realidad y el trazo escrito en el que se efectuó esta metamorfosis-ruptura. Sin embargo, incluso esta visión tranquilizante se nos aparece en parte ficticia a la luz de estos textos. George Lind, traductor al alemán de Pessoa, calificó el *Libro del desasosiego* de “breviario del decadentismo”. Si consideramos el tipo de visión que se impone en esos textos con una insistencia obsesiva y refinada, la definición puede resultar justa. Todo un mundo parece separar los diversos textos atados a la estética simbolista, de aquellos otros, la mayoría, y que constituyen los grandes textos-fragmentos del *Libro del desasosiego*, incluso, y sobre todo, cuando en unos y otros se conserva una idéntica voluntad de traducir simbólicamente su visión onírica de la realidad. ¿Quién no capta la diferencia de literalidad entre “¿Qué reina imperiosa guarda junto a los lagos el recuerdo de mi partida? Fui el paje de los paseos insuficientes en las horas ociosas de mi reposo azul”, frases tan inexorablemente fechadas y, por decirlo así, muertas, y este otro pasaje entre mil?:

Sí, todos pasaremos, pasaremos todo. Nada quedará de quien llevó sentimientos y guantes, de quien habló de la muerte y la política local. Así como es la misma luz la que iluminó el rostro de los santos y el de las polainas de los transeúntes, será la misma ausencia de luz la que hundirá en la oscuridad la nada que queda del hecho de que unos fueron santos y los otros transeúntes con polainas... Todo es nada y sobre el atrio de lo invisible, cuya puerta abierta apenas deja ver al frente una puerta cerrada, danzan, esclavos de ese viento que les sacude sin manos, todas las cosas, pequeñas y grandes que forman para nosotros y en nosotros el sistema engañoso del universo. Un día, al final del nacimiento de las cosas, la puerta del fondo se abrirá y todo lo que fuimos —desechos de estrellas y de almas— será barrido fuera de la casa para que lo que existe recomience.

No es una diferencia temporal la que separa esos textos, es una diferencia en la evocación de una misma experiencia, de un modo opuesto, es decir, la inscripción del mismo sentimiento de la nada en el corazón de lo real más trivial, y no en su expresión simbólica abstracta. A la una la llamamos modernidad, a la otra no. Y siempre nos había resultado cómodo suponer que la invención histórica de los heterónimos separaba, no sólo desde fuera sino también desde dentro, los dos Pessoa que se encarnan en esta doble escritura. El *Libro del desasosiego* nos invita a volver a analizar el asunto. La perspectiva ritualizada de un Pessoa heterónimo separado por ese doble registro del Pessoa postsimbolista, muerto en Alberto Caeiro y en los otros, no sería desmentida por la coexistencia notoria de textos o de fragmentos que, sin vacilación, podemos colocar bajo cada una de esas máscaras míticas gracias a las cuales comprendemos o creemos comprender esta máquina digna de Tinguely. Sin embargo, la cuestión se complica cuando no sólo no llegamos a distinguir en esta textualidad la menor diacronía (puesta aparte la ruptura citada) que revele un cambio definitivo en la textualidad de Pessoa, sino también cuando, en el mismo fragmento, se amalgaman textos-visiones o visiones-textos que, a la luz de esta ruptura capital, suponíamos incompatibles y, por así decir, expresiones de tiempos escritos e

incluso vividos de modo diferente. Su autor, Pessoa-Bernardo Soares, se nos aparece más unificado que en ningún otro texto, pero unificado en tiempos que destruyen la mitología hermenéutica que, hasta ahora, se derivaba de ellos, o que estaba fundada en ellos. Tomemos por ejemplo un texto de 1930, por lo tanto muy alejado del momento juvenil de los éxtasis decadentes e hipersimbolistas de “En la floresta de la enajenación”. Veamos cómo, sin transición, y con qué naturalidad, Pessoa-Bernardo Soares (repito, en 1930, lejos del momento en que Pessoa inventó el retrato sonámbulo de ese mismo Bernardo Soares) navega desde lo que podríamos suponer es su rostro más reciente hacia el más antiguo:

Por más que pertenezca, desde el fondo del alma, a la línea de los románticos, no hallo paz sino en la lectura de los clásicos. Leo y soy liberado. Adquiero objetividad, he dejado de ser yo y disperso. Y lo que leo, en lugar de ser un hábito que apenas veo y que tal vez me pesa, es la gran claridad del mundo exterior... El sol que nos ve a todos, la luna que tamiza de sombras el suelo inmóvil, los vastos espacios que terminan en el mar, la soledad negra de los árboles que agitan su cima de verdor.

Ninguno de nosotros dejará de sentir que Bernardo Soares escribe y ve con la misma mirada que Caeiro. Pero el fragmento continúa así:

Leo como quien abdica. Y al igual que la corona y el manto nunca son tan imponentes como cuando el Rey que parte las deja por tierra, abandono sobre los mosaicos de las antesalas todas mis glorias de tedio y de sueño y subo la escalera ataviado con la única nobleza de ver. Y es en los clásicos, los calmos, aquellos que si sufren no lo confiesan, que devengo transeúnte consagrado, peregrino bendito, contemplador sin razón del mundo sin objeto, Príncipe del gran Exilio quien, yéndose, concedió al último mendigo la limosna extrema de su desolación.

Se me dirá que lo que se presenta aquí no es la enunciación, invertebrada, informe, de los verdaderos textos del hipersimbolismo de Pessoa, sino la esencia pensada de ese simbolismo recordado, para devenir a su vez

símbolo, pero un símbolo manejado con una maestría total, la paradoja de ser romántico en el alma y clásico en su visión escrita. Si ello fuera así, habría un recorrido ideal de Pessoa que sería menos el de un trayecto que va de lo reciente (y claro) a lo que es más arcaico (y nebuloso), que el de una admirable recuperación de lo que es más antiguo (lo esencial de Pessoa tanto en el plano de la visión como en el de la expresión) para lo que es más reciente. Puro espejismo. Debemos renunciar igualmente a esta interpretación confortable. En todos los casos, para quien a los veinte años escribió a la vez “La nueva poesía portuguesa” y versos hipersimbolistas, lo que parecía nebuloso era claro y lo más claro se revelaba nebuloso. En todos los casos, para Pessoa, el único espacio de claridad, de afirmación y de evidencia se refiere a lo que procede de lo oculto y el mito, nunca a lo vivido empírico del mundo. El *Libro del desasosiego* no escapa a esa regla. No es tampoco en las páginas en las que prevalece un tono perentorio paradójal (ésas son las más numerosas) donde Pessoa-Soares nos toca. Si hubieran pretendido ser un diario, tales fragmentos no serían sino ese falso diario al cual las redujo Gaspar Simões. El objeto de esos textos es un Pessoa fascinado por la lógica vertiginosa del discurso paradójal, en equilibrio inestable entre la claridad cegadora y lo puramente arbitrario. Ese género de escritura tiene el don de ocultar el otro objeto que, más conforme con la imagen mítica de Bernardo Soares, refleja con una pertinencia y un tono que sólo a él pertenecen, la percepción de lo real en el seno de una ausencia que, por esta misma razón, deviene presente, y, por decirlo así, sensible. En suma: el mundo, la sensación o percepción que tenemos, nuestra propia existencia, emergiendo e imponiéndose a nosotros sobre un fondo de vacío. Tomemos como modelo de esos fragmentos el que comienza así: “Después de que las últimas gotas de lluvia han comenzado a detenerse sobre la pendiente de los techos y que en el centro de la calle empedrada el azul del cielo ha empezado a reflejarse lentamente” y que termina así:

Era una ocasión para estar alegre. Pero algo pesaba sobre mí, una angustia desconocida, un deseo de definición para nada despreciable. Yo esperaba quizás la sensación de estar vivo. Y cuando me incliné sobre la ventana más alta, sobre la calle que miraba sin verla, tuve de golpe la sensación de ser uno de esos trapos húmedos que sirven para limpiar las cosas sucias, que se ponen a secar en la ventana pero que uno olvida enredados sobre el borde que manchan lentamente.

He ahí el asunto: entre ese género de textos que integran concretamente, en las imágenes y las metáforas, la visión de la nulidad de lo real o de los sentimientos con los cuales podemos vivirlo, y aquellos que, sólo en términos vagos, llenos de clichés decadentes, se refieren a ella, al modo de la “Floresta de la enajenación”, hay una diferencia más significativa que cualquier otra que quepa imaginar y que puede enfatizarse, sin ninguna duda, entre la textualidad del *Libro del desasosiego* y los demás textos de Pessoa. En efecto, el *Libro del desasosiego* es eclipse concreto, tanto más importante cuanto no es premeditado, de las divisiones heteronímicas. Esos fragmentos franquean sin cesar las supuestas fronteras que esas divisiones trazaban o señalaban hasta ahora; por su existencia, exhiben sin vergüenza las marcas textuales del antiguo texto pre-heteronímico que, en principio, la eclosión de “El guardador de rebaños” y sus cómplices tenían por finalidad reprimir. ¿Será entonces que debemos considerar como más ficticias aún las ficciones gloriosas que conocemos bajo los nombres de Caeiro, Reis y Campos? ¿Debemos poner en cuestión el fenómeno mismo de la heteronimia y el mito del poeta múltiple sobre el cual, en gran parte, reposa su poder de fascinación y dar al final la razón a aquellos que han visto en él un simple juego poético, un puro artificio o una mistificación deliberada? Una comprensión adecuada del *Libro del desasosiego* no exige la borratura pura y simple, el sacrificio ritual o la desconsideración de la creación heteronímica —y, más aún, de la realidad y la significación del fenómeno heteronímico en general—, pero esa comprensión no deja de sacudir seriamente la mitología crítica que

la ha tomado por objeto. No hay razón para minimizar el fenómeno de la heteronimia y sus expresiones más netas —Caeiro, Reis, Campos— y tampoco hay nada en ese libro que invalide las explicaciones más conocidas y más coherentes de ese momento solar de la creatividad de Pessoa, representada por la célebre tríada poética. De lo que se trata, en cambio, es de pensar más a fondo la significación de esas creaciones, el sentido de la manifestación textual heteronímica, considerándola como una exasperación espectacular, pero en sí misma superficial, de un heteronimismo más profundo. A la luz de lo anterior, Caeiro, Reis y Campos, en lugar de ser la expresión acabada de la heteronimia, devienen su versión interior y orgánicamente inestable.

De este modo, a los textos-diferentes que justificarían la mitología heteronímica, bien sea en la óptica de Fernando Pessoa o en la de todos nosotros, se opone el texto-de-las-diferencias llamado el *Libro del desasosiego*, en el que los escritos imaginarios que designamos como Caeiro, Reis, Campos, se articulan entre sí y sin solución de continuidad con los otros textos no-heteronímicos. Ese libro nos revela, no el carácter fabricado de los textos heteronímicos, sino tan sólo el carácter lúdico de su proceso de autonomía y su función ocultadora. Como da testimonio de ello, en el *Libro del desasosiego*, bajo la heteronimia establecida resiste y persiste una heteronimia natural que, aunque no autoriza la ilusión de una pluralidad mítica, autoriza aún menos, si experimentamos esa tentación, la creencia en una unidad mítica. El imaginario “patrón de la tabaquería” de la heteronimia mítica quizás esté muerto. Pero el inmortal Esteves de un drama más general, el de una heteronimia absoluta, la del Sujeto y la Escritura —salvadora e impotente a la vez— basta para hacernos tomar conciencia de que, desde ayer, la ciudad fabulosa y cotidiana de Pessoa ha cambiado. ■

Carlos Vásquez (Colombia)

Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.